

p. 243

La persecución nacionalsocialista a la Iglesia en Alemania y en Europa

por Carlo Pioppi

I. Los católicos en Alemania durante el Segundo Reich y la República de Weimar

Alemania alcanzó la unidad política en 1871, por obra del canciller prusiano Otto von Bismarck; éste, mediante una inteligente política exterior con la que supo aprovechar plenamente la potencia militar prusiana en tres afortunados conflictos (contra Dinamarca en 1864, contra el Imperio Austriaco en 1866 y contra el Segundo Imperio Francés en 1870), logró hacer de Alemania un imperio federal bajo la dinastía prusiana de los Hohenzollern. Este acontecimiento político trajo consigo graves consecuencias para el catolicismo alemán; de hecho, el canciller puso en marcha desde el principio, en el nuevo imperio, una verdadera persecución, aunque no cruenta, contra la Iglesia Católica, que recibió el nombre de *Kulturkampf* (batalla por la civilización). Von Bismarck fue llevado a dicha política por varios motivos: por una parte el deseo de aniquilar el partido de inspiración católica del *Zentrum*, su adversario en el parlamento prusiano; por otra parte la idea de que los católicos, dependiendo espiritualmente de una autoridad no alemana (el Romano Pontífice), no pudieran ser ciudadanos completamente leales al nuevo estado germánico: esta última idea se reafirmó en él a partir de una errónea comprensión del dogma de la infalibilidad del Papa, solemnemente proclamado en 1870, durante el Concilio Vaticano I. El objetivo velado de esta persecución era la sumisión, en todo y para todo, de la Iglesia al estado. Los católicos alemanes dieron en esta ocasión una prueba de gran valentía y cohesión, resistiendo de modo no violento, pero al mismo tiempo con gran decisión, a los continuos actos de prepotencia del gobierno. Durante el pontificado de León XIII (1878-1903) la situación de los católicos mejoró notablemente, debido a los esfuerzos de la diplomacia vaticana, y también porque von Bismarck comprendió que su política religiosa, lejos de tener éxito, estaba sólo dividiendo el país, justamente cuando empezaba a perfilarse ante sus ojos un peligro mayor: la difusión de la ideología socialista. Sin embargo, el *Kulturkampf* dejó una herencia en el mundo alemán: los católicos, aunque ya no eran perseguidos, continuaron a lo largo de todo el Segundo Reich (1871-1918), a

p. 244

ser considerados ciudadanos de segunda clase en el ámbito político y social, y fueron también marginados de los grandes centros de cultura, al mismo tiempo que eran vistos por sus conciudadanos protestantes con una cierta suficiencia, e incluso con desprecio y desconfianza.

Esta situación cambió durante la Primera Guerra Mundial, ya que en este conflicto tan duro ocurrió en Alemania un fenómeno parecido a los que se verificaron en Italia y en Francia: al gran esfuerzo llevado a cabo por la nación para vencer la guerra, movilizand o todas las energías materiales y espirituales, los católicos y la jerarquía respondieron con gran lealtad patriótica, y así pudieron reintegrarse a la vida social, política y cultural, como ciudadanos a todos los efectos, con el prestigio ganado gracias a la generosa ayuda ofrecida a la patria en una situación muy difícil: en Alemania un hecho emblemático de esta nueva atmósfera fue el permiso concedido a los jesuitas, precisamente durante la guerra, de volver al país, del que habían sido expulsados en tiempos de von Bismarck.

De esta forma, en la posguerra, el partido católico del *Zentrum* desarrolló en la vida política del país un papel importante, que culminó con el nombramiento de su exponente Heinrich Brüning como canciller en 1930, poco después de la muerte de Gustav Stresemann, el político más importante de la República de Weimar (1919-1933).

Pero, ya en 1930, las fuerzas de la república se habían ya desgastado (y la muerte de Stresemann fue en esta situación una desventura más): en medio de la crisis económica mundial –que se había iniciado en 1929–, mientras las fuerzas democráticas, divididas, no lograban dar vida a un gobierno estable, aumentaban día a día violentos choques entre las facciones extremistas de derecha y de izquierda y sobre todo aumentaba cada vez más el consenso electoral recibido por el Partido Nacionalsocialista (N.S.D.A.P) de Adolf Hitler.

En las elecciones de 1930 los nazis pasaban de 12 a 107 escaños en el *Reichstag* (sobre un total de 608); en las elecciones de 1932 redoblaban su presencia alcanzando 230 escaños (hay que recordar que en las regiones con mayoría católica del Sur y del Oeste, los nazis tuvieron los porcentajes más bajos). Frente a esta situación se sucedieron una serie de gobiernos inestables y efímeros: de 1928 a 1930 la cancillería del socialdemócrata Hermann Müller, de 1930 a 1932 la de Heinrich Brüning, al cual siguieron el católico conservador Franz von Papen (1932) y finalmente el general Kurt von Schleicher (1932). También en 1932 se llevó a cabo la reelección, como presidente de la república por un segundo período de siete años, del anciano mariscal Paul von Hindenburg, el hombre que más tarde llamaría a Hitler a la cancillería.

p. 245

La jerarquía católica, antes de la llegada al poder del partido nazi, puso en guardia a los fieles acerca del peligro de la ideología hitleriana: después de la iniciativa individual del obispo de Maguncia, Mons. Ludwig Maria Hugo, que en 1930 había prohibido la admisión a los sacramentos a los católicos inscritos en el Partido Nacionalsocialista, los obispos alemanes, *in primis* el Card. Adolf Bertram, príncipe-obispo de Breslau y presidente de la conferencia episcopal, habían condenado la ideología del N.S.D.A.P desde 1931, y habían prohibido a los católicos la inscripción a este partido en 1932.

En efectos, la ideología nacionalsocialista, así como la presentaba la obra de Hitler *Mein Kampf*, y como la propagaban los dirigentes del N.S.D.A.P., era claramente contraria a la fe cristiana por su intransigente nacionalismo, por su extremo racismo, por su radical antisemitismo, por su llamamiento a la violencia y por la negación de todo principio moral en vista de la consecución del poder en Alemania y del predominio alemán en el mundo. El nazismo era en realidad una verdadera religión de la raza y de la sangre alemana, en las que se hacía residir la naturaleza divina del hombre; esta ideología divinizaba al jefe del pueblo alemán y la raza misma, en una especie de idolatría irracional. Los propios nazis se daban cuenta de que un cristianismo coherente era un serio obstáculo para lograr sus propios objetivos y deseaban una nueva religión alemana neopagana; en la práctica, sobre todo en los primeros meses de su gobierno, y después durante la guerra, mantuvieron en sus relaciones con las Iglesias una relativa prudencia y trataron de encubrir los verdaderos fines de su política religiosa. Pero las declaraciones de Hitler y de sus colaboradores no dejan dudas sobre el hecho de que, si hubieran ganado la Segunda Guerra Mundial, habrían iniciado una persecución sin cuartel contra el cristianismo; ya en 1937 el dictador había manifestado su voluntad de disolver las órdenes religiosas, prohibir el celibato eclesiástico y despojar a la Iglesia Católica de todos sus bienes. Una señal entre muchas, ilustrativa de la actitud nazi frente al cristianismo, es la abjuración de la fe cristiana que se requería con frecuencia para poder ser oficial de las S.S. (*Schutzstaffel*).

2. La instauración del régimen nazi y las primeras respuestas de la Iglesia

El 4 de enero de 1933, von Papen se ponía de acuerdo con Hitler para organizar un gobierno de coalición, y empezaba una serie de maniobras en contra del canciller von Schleicher; como consecuencia de

p. 246

ellas, el presidente von Hindenburg se puso de acuerdo con von Papen y Hitler para nombrar a este último canciller. Von Papen, como otros conservadores alemanes y en algunos casos el mismo partido católico, en un primer momento pensó poder servirse del jefe nazi para restablecer el orden y aumentar el peso político de la derecha, creyendo posible absorber el movimiento nacionalsocialista, o pensando que Hitler, una vez en el gobierno, habría moderado su programa político, eliminando los aspectos ideológicos más extremos (como había sucedido en parte en Italia con la llegada al poder de Benito Mussolini); lamentablemente todos ellos se equivocaban, y de hecho fueron engañados, uno tras otro, por el que rápidamente se convertiría en el *Führer* del Tercer Reich.

De este modo, el 30 de enero de 1933, Hitler se convertía en canciller de un gobierno formado por nazis, nacionalistas e independientes; durante su primer año de gobierno logró instaurar un poder dictatorial: convenció a von Hindenburg para que disolviera el *Reichstag* y convocara nuevas elecciones para el 5 de marzo, en las que el N.S.D.A.P alcanzó el 44 % de los votos de los alemanes (288 escaños para los nazis que, junto a los 52 de los nacionalistas, sus aliados, lograron alcanzar la mayoría en el parlamento), gracias también a un campaña de violencias e intimidaciones en contra de las otras fuerzas políticas, como por ejemplo la agresión física al jefe de los sindicatos católicos Adam Stegerwald, o el asalto llevado a cabo por las S.A. (*Sturmabteilung*, una milicia paramilitar nazi) durante un mitin de Brüning. El incendio del *Reichstag*, atribuido a los comunistas, proporcionó el motivo para aprobar las Leyes para la Defensa del Pueblo Alemán, y especialmente la Ley de Plenos Poderes (*Ermächtigungsgesetz*, del 23 de marzo), que concedió al canciller prerrogativas dictatoriales. Un gravísimo error político de los diputados del *Zentrum* fue votar a favor de esta última ley, engañados por las garantías ofrecidas de mala fe por parte de Hitler, quien, desde los primeros momentos de su gobierno, había prometido una política religiosa de respeto y consideración hacia las dos confesiones cristianas alemanas. Mons. Ludwig Kaas, jefe del partido católico, había pedido a Hitler el compromiso, por escrito, de respetar el derecho de veto del presidente von Hindenburg en el ejercicio de los plenos poderes: el canciller consintió en ello, pero la promesa por escrito no llegó nunca; con todo ello, Kaas hizo que su partido votara la ley que daría a Hitler un poder casi absoluto. Hay que recordar también que Hitler había hecho muchas promesas a los diputados del *Zentrumspartei* para conseguir su apoyo: había asegurado el respeto de la constitución y de la estructura federal del estado; se había comprometido a respetar los derechos de la Iglesia Católica y mantener los concordatos vigentes con Prusia, Baviera y Baden;

p. 247

además había empeñado su palabra en proteger las escuelas católicas y no remover de sus puestos a los dependientes públicos católicos (de hecho, desde febrero de 1933, se habían verificado muchos despidos, sin motivo alguno, entre los funcionarios públicos allegados al Partido del Centro). Hay que tener también presente que el edificio donde se llevaba a cabo la reunión del parlamento había sido rodeado por numerosos repartos de las S.A., en actitud amenazadora.

En los meses que siguieron, continuaron emanándose disposiciones que transformaron el estado en un régimen totalitario: la eliminación de los parlamentos regionales, el nombramiento de los gobernadores regionales por parte del ejecutivo central, la sumisión de la policía a las S.S., la creación de la policía secreta del estado (*Geheime Staatspolizei*, abreviado en Gestapo), hasta la disolución de los partidos (obviamente, excepto el N.S.D.A.P.) y de los sindicatos (con la institución de un Frente Alemán del Trabajo, controlado por el régimen). El 2 de mayo fueron disueltos todos los sindicatos, excepto los cristianos, pero en junio también estos tuvieron el mismo final.

En ámbito cristiano, poco a poco se cayó en la cuenta –pero muchas veces demasiado tarde– que el nazismo era portador de una concepción del hombre y del mundo en contraste profundo con las confesiones protestante y católica, y que además tenía como objetivo sustituirlas con su propia ideología. Las Iglesias, desde las primeras semanas después de la toma del poder por Hitler, comenzaron a ser objeto de asalto por parte de los nuevos dueños de Alemania: adaptarse o ser perseguidas era la única alternativa frente a la que se encontraron. De entre las dos confesiones, la católica manifestó una mayor capacidad de resistencia, debido a su carácter uni-

versal e internacional y a su cohesión; los protestantes, en cambio, encontrándose repartidos en 28 Iglesias regionales evangélicas o reformadas, que tenían una estructura más dependiente del sistema político, no demostraron la misma capacidad de resistencia. Uno de los primeros actos de Hitler fue la creación de una única Iglesia evangélica alemana, con un *Reichsbischof* (para tal encargo fue impuesto a la fuerza un pastor allegado a la ideología nazi, Ludwig Müller) y una jerarquía que simpatizaba con el régimen. Los nazis, por medio de la *Glaubensgemeinschaft Deutscher Christen* (Comunidad Religiosa de los Cristianos Alemanes), lograron tener bajo control la mayoría de las estructuras administrativas de las Iglesias regionales, excepto aquellas que se encontraban en Baviera, Württemberg y Hannover (éstas comenzaron a llamarse a sí mismas “Iglesias intactas”, en contraposición a las “Iglesias destruidas”). Muy pronto, sin embargo, tanto en los ambientes más espirituales de las Iglesias intactas como en los de las

p. 248

destruidas, se desarrolló una oposición al nazismo que tomó el nombre de *Bekennende Kirche* (Iglesia Confesante); hay que recordar entre, los exponentes de este movimiento, al gran teólogo suizo Karl Barth y al alemán Dietrich Bonhoeffer, quien pagó con la vida su compromiso cristiano: fue detenido en 1942, después internado en el campo de Flossenbrück en 1945, y por último ahorcado algunas semanas antes del final de la guerra.

Gracias a la Iglesia Confesante el objetivo de Hitler, que pretendía crear una única Iglesia nacional protestante, fracasó; pero hasta 1945 la parte más sana y valiente del mundo reformado alemán tuvo que soportar una programada hostilidad por parte del régimen. Otro exponente de relieve del protestantismo que fue víctima del nazismo fue el pastor Martin Niemöller, fundador de la Liga de Emergencia, que tenía como objetivo prestar ayuda a los pastores y a los empleados de origen hebreo de la Iglesia protestante de Prusia: en 1938 fue internado en el campo de Buchenwald y en 1941 fue trasladado a Dachau. De todas formas, hay que tener en cuenta que la Iglesia Confesante fue siempre un fenómeno de *élite*, no de masa, y que, desde que estalló la guerra, su influencia disminuyó aún más.

En campo católico los obispos, dentro de una aversión general hacia el nazismo, se dividieron sobre cual debería ser la actitud a tomar: la mayoría, y entre ellos el Card. Bertram, arzobispo de Breslau, era de la opinión de que convenía adoptar una resistencia de bajo perfil, sin condenas o protestas públicas, sino más bien mediante el envío de cartas a las oficinas políticas o burocráticas competentes, con las que desaprobaban aspectos reprobables del gobierno nacionalsocialista; el recuerdo de la política de León XIII frente al *Kulturkampf* les animaba a seguir esta línea de conducta. Así, una vez que Hitler dio seguridades de querer respetar el Cristianismo, los obispos, el 28 de marzo de 1933, revocaron las amonestaciones y prohibiciones generales contra el N.S.D.A.P. que habían hecho públicas en los años anteriores, aunque mantuvieron la condena de principio de algunos errores religiosos y morales: esta decisión fue tomada autónomamente, sin consultar al Vaticano, que no intervino lo más mínimo en la declaración del episcopado alemán. En los días siguientes, hubo también declaraciones conciliadoras frente al nazismo por parte de la organización de los docentes católicos, del movimiento de los trabajadores católicos, de la asociación de jóvenes católicos y de la asociación nacional de las cofradías.

Sin embargo, también había un pequeño grupo de obispos que sostenía que debía hablarse abierta, clara y públicamente, para condenar aquellos aspectos del régimen que ofendían la religión y la moral católica:

p. 249

en este segundo grupo, que logró poco a poco un apoyo cada vez más fuerte por parte de Roma, se encontraban Clemens August von Galen (beatificado en 2005), obispo de Münster, su primo Konrad von Preysing, obispo de Berlín, y Conrad Gröber, arzobispo de Friburgo de Brisgovia.

Frente a la Iglesia Católica, el dictador alemán al principio adoptó un comportamiento de cautela y de conciliación, y propuso a la Santa Sede estipular un concordato para todo el territorio alemán: era una oferta prometedora para el Vaticano, cuya diplomacia había estado trabajando desde hacía tiempo para lograr este fin, y sólo había alcanzado acuerdos con algunos *Länder*. Hitler encomendó estas negociaciones, que comenzaron el 10 de abril, a Franz von Papen; éste realizó una serie de viajes a Roma para encontrarse con Mons. Ludwig Kaas y con el secretario de

estado Eugenio Pacelli. El 20 de julio se firmó el concordato; éste fue aprovechado por el régimen con fines propagandísticos en el interior del país y al exterior. La Santa Sede, aunque había previsto tales efectos, lo estipuló precisamente porque en el Vaticano nadie se hacía demasiadas ilusiones respecto al cariz que los eventos habrían de tomar: Eugenio Pacelli, que conocía perfectamente la situación alemana por haber sido nuncio en Múnich desde 1917 a 1925 y después nuncio en Berlín hasta su llamada a Roma en 1929, aceptó firmar este tratado con Hitler pensando que podría ser un instrumento de defensa para la Iglesia alemana, en el caso de que se hubiera llegado a situaciones de tensión o de choque con el nuevo gobierno. Pío XI, por su parte, no se hacía más ilusiones que su secretario de estado: desde mayo de 1933 había perdido toda confianza en la posibilidad de que del régimen nazi pudiera salir algo positivo. Por otra parte hay que tener presente que en esos mismos meses las principales potencias europeas (hasta la Unión Soviética) ofrecían a la Alemania hitleriana su reconocimiento, estipulando con Hitler acuerdos internacionales en campo político y económico (Pacto a Cuatro, acuerdo comercial ruso-alemán). Una explicación autorizada de los motivos que indujeron a la Santa Sede a firmar el concordato con Hitler la encontramos en las palabras que pronunció Pío XII en la Alocución al Colegio Cardenalicio del 2 de junio de 1945: “no es que la Iglesia se dejara entusiasmar con grandes motivos de esperanza, ni que con la conclusión de dicho concordato entendiera en cierto modo aprobar la doctrina y las tendencias del nacionalsocialismo [...]. Sin embargo, se debe reconocer que dicho concordato en los años sucesivos proporcionó alguna ventaja o al menos impidió mayores males. De hecho, no obstante todas las violaciones de las que fue objeto desde muy pronto, el concordato daba a los católicos una base jurídica de defensa, un campo en el cual podían atrincherarse para continuar afrontando,

p. 250

hasta donde les fuera posible, la oleada siempre en aumento de la persecución religiosa”. Si existió un error por parte del Vaticano en firmar el concordato, no consistió en un error estratégico al estipular tal acuerdo, sino en un error táctico, es decir, en el hecho de no haber definido en sus mínimos particulares la materia que regulaba el art. 31, que trataba acerca de las asociaciones católicas: la inadvertencia consistió en no haber convenido con precisión los criterios en base a los que se pudiera reconocer qué asociaciones católicas estarían protegidas por el tratado.

El régimen nazi durante las negociaciones del concordato mantuvo una política ambigua: por una parte promovió una serie de agresiones contra las asociaciones católicas alemanas; por otra, siguió una política de gran respeto, y algunas veces de protección, hacia las manifestaciones de piedad religiosa y de culto: todo esto demostraba que el nazismo estaba dispuesto, como mucho, a tolerar el cristianismo en la medida en que éste no tuviera un influjo real en la sociedad. En marzo de 1933, el Card. Bertram se dirigió al presidente von Hindenburg para denunciar los continuos actos ilegales perpetrados por los nazis contra bienes e instituciones eclesiásticas; en abril el mismo cardenal intentó, sin resultado, defender los intereses de funcionarios católicos de origen judío que estaban amenazados por las leyes raciales recién aprobadas. Los nazis organizaron además una serie de procedimientos penales en materia fiscal, de dudosa legitimidad, contra instituciones y personalidades católicas: por ejemplo, contra la sociedad *Görreshaus* de Colonia, contra el periódico *Kölnische Volkzeitung*, contra el alcalde de Colonia Konrad Adenauer, contra el jesuita Franziskus Maria Stratmann, presidente del *Friedensbund Deutscher Katholiken*. Al inicio del verano los dos partidos católicos, tras la detención de más o menos 2.000 exponentes del *Bayerische Volkspartei* –entre ellos muchos sacerdotes–, se disolvieron (el B.V.P. el 4 de julio y el *Zentrum* un día después); los otros partidos ya habían hecho lo mismo. De esta forma el 14 de julio Hitler podía ya instaurar formalmente el monopartidismo nacionalsocialista: todo ello ocurría una semana antes de que se firmara el concordato.

En todo caso estaba claro que, si el gobierno alemán había estipulado este acuerdo con la Santa Sede, no tenía ninguna intención de respetarlo y de hecho desde el inicio comenzaron las violaciones de dicho tratado: el 25 de julio fue promulgada una ley de esterilización obligatoria de los portadores de enfermedades hereditarias y de los enfermos mentales, ofensiva para la moral católica; el 30 de julio iniciaron una serie de ataques contra la Liga de los Jóvenes Católicos. Debido a todo esto, el 19 de octubre de 1933, a sólo 40 días de la ratificación del

p. 251

concordato, Pacelli enviaba a Berlín una dura nota de protesta por todas las violaciones perpetradas por el gobierno alemán: esta protesta sería la primera de una larga serie.

Mientras tanto el ataque del régimen al catolicismo seguía avanzando: ya al final de 1933 buena parte de la prensa y de las asociaciones católicas habían sido suprimidas y además se estaba llevando a cabo, como parte de una maniobra antisemita, una campaña de injurias contra el Antiguo Testamento. La Iglesia respondía con una serie de homilías del Card. Michael von Faulhaber, arzobispo de Múnich, conocidas como “los sermones del Adviento”, en las que el prelado predicó en contra de estas teorías nazis; el régimen, para intentar intimidar al prelado, después de estas homilías mandó disparar con armas de fuego contra el palacio episcopal. En el invierno de 1933-34 los nazis intentaron atacar las organizaciones juveniles católicas, las cuales supieron en buena medida evitar ser absorbidas por la *Hitlerjugend*, gracias a la fuerte resistencia de los mismos jóvenes, llevada a cabo a pesar de las llamadas a la prudencia por parte de los obispos, preocupados por salvar lo esencial de la estructura eclesial. El intento terminó, en definitiva, con el fracaso de los nacionalsocialistas. Se organizó también una dura represión contra el clero: en enero de 1934, después de apenas un año de régimen hitleriano, el número de sacerdotes católicos arrestados superaba ya el de los que habían sido detenidos durante todo el *Kulturkampf* de von Bismarck.

En 1934 la polémica entre católicos y nazis se desencadenó en torno a las teorías de Alfred Rosenberg, quien en enero de ese año había recibido el encargo, por parte de Hitler, de la dirección ideológica y espiritual del partido y del régimen nacionalsocialista; el pensamiento de Rosenberg, empapado de racismo y de antisemitismo, estaba claramente en contraste con la fe católica. La Santa Sede reaccionó, pues, a este acto con extrema rapidez: el 7 de febrero la obra principal de Rosenberg, *Der Mythos des 20. Jahrhunderts*, fue puesta en el Índice de los Libros Prohibidos; en Alemania el obispo Clemens August von Galen escribió dos cartas pastorales (29 de enero y 26 de marzo) que condenaban la “adoración de la raza”; el 5 de abril el mismo prelado predicó en Billerbeck, frente a 18.000 fieles, contra las teorías nazis, y en el otoño siguiente hizo publicar –con un prólogo escrito por él– los *Studien zum Mythos des 20. Jahrhunderts*, del historiador de la Iglesia Wilhelm Neuss, en los que se mostraban a los fieles los errores de las doctrinas de Rosenberg. Entre tanto, el 7 de abril los nazis habían devastado la sede episcopal de Würzburg, porque el obispo de la ciudad había rechazado la petición del gobierno de retirar su apoyo al P. Josef Stöger, sacerdote que criticaba abiertamente la ideología y la política eclesiástica nazi.

p. 252

En junio el Card. Bertram escribió una carta contra la herejía neopagana nazi, pero al final renunció a la publicación, para evitar las represalias del régimen. Sin embargo, el 20 de agosto los obispos alemanes dirigieron a sus fieles una carta pastoral colectiva que condenaba el neopaganismo nazi de la sangre y de la raza. La respuesta del estado no se hizo esperar, pues se emanó una ley que instituía el delito de “crítica maligna al estado y al partido”. En este conflicto la mayoría del laicado se mantuvo muy cerca de sus pastores: las iglesias con párrocos que actuaban como el P. Stöger eran las más frecuentadas por los fieles, y la prensa católica crítica frente al régimen aumentaba constantemente sus ventas.

Mientras tanto, en el mismo año, Hitler lograba la totalidad del poder absoluto; entre el 30 de junio y el 1º de julio organizó una gran operación (denominada la “Noche de los Cuchillos Largos”), finalizada a la eliminación física de sus adversarios políticos, que produjo un gran número de víctimas: entre ellas se cuentan exponentes nazis que intentaban llevar a cabo una política independiente del jefe del partido (como Ernst Rohm y Gregor Strasser), políticos conservadores (como el ex canciller von Schleicher) y otros más. La operación fue realizada por las S.S., y marcó el inicio de la supremacía de esta organización, que aprovechó la ocasión para limitar el poder de la milicia antagonista de las S.A. Entre las víctimas, se encuentran también algunos importantes líderes católicos: el abogado de Múnich Edgar Julius Jung; el presidente de la Acción Católica de Berlín Erich Klausener; el periodista Fritz Gerlich, fundador de la revista católica *Der gerade Weg, deutsche Zeitung für Wahrheit und Recht*, que fue asesinado después de haber sido torturado; los jóvenes Fritz Beck, líder de los estudiantes católicos, y Adalbert Probst, presidente de la asocia-

ción católica *Deutsche Jugendkraft*. La foto de este último, después de su muerte, comenzó a circular entre los jóvenes de esta asociación, que lo consideraban un mártir, y en las zonas católicas hubo, como consecuencia de su asesinato, protestas juveniles de un cierto calibre. El político católico Franz von Papen se salvó gracias a la intervención del presidente von Hindenburg, y sólo sufrió un “exilio” como embajador en Viena y después en Ankara.

Pocas semanas después de esta matanza, el 2 de agosto, moría el anciano presidente von Hindenburg: el canciller Adolf Hitler aprovechó la ocasión para asumir el cargo de presidente del estado alemán, ligando a sí el ejército mediante la imposición a los militares de un juramento de fidelidad a su persona; de esta forma se convertía a todos los efectos en el *Führer* de la nueva Alemania.

p. 253

3. El endurecimiento de la lucha en Alemania hasta el inicio de la expansión hitleriana

A partir de 1935, el régimen nacionalsocialista intensificó sus ataques a las asociaciones juveniles y a las escuelas católicas: el objetivo del nazismo era monopolizar la educación y la formación de la juventud. Las organizaciones y las escuelas católicas opusieron una resistencia notable a las insidias nazis, logrando hacer frente a ellas sobre todo en las áreas más marginales de las regiones con mayoría católica (como, por ejemplo, los pequeños pueblos o las zonas montañosas de los Alpes). El 24 de abril de 1935, un decreto establecía que ningún periódico podría en adelante publicar artículos con contenido religioso. El 16 de mayo en Münster, con ocasión de algunas manifestaciones nazis claramente anticatólicas, las organizaciones juveniles de la diócesis organizaron una contestación, que se convirtió en enfrentamientos callejeros entre católicos y nacionalsocialistas, que llevaron a la intervención de la Gestapo y del S.D. (*Sicherheitsdienst*) para restablecer el perfecto control del régimen sobre la ciudad. En el mismo año una norma prohibía a los inscritos en las asociaciones de obreros católicos (no se trataba de sindicatos, ya que estos habían sido disueltos en 1933, sino de asociaciones de carácter religioso) poder pertenecer a la organización corporativa nazi (D.A.F.), que garantizaba a sus miembros muchos beneficios sociales.

Con el objetivo de domar la resistencia católica y desacreditar al clero, el régimen organizó también, con la orquestación de una gran campaña de prensa, una serie de procesos manipulados contra eclesiásticos que eran acusados de inmoralidad y de tráfico de divisas: una ilustre víctima fue el padre Stanislaus Loh, provincial de los padres del Sagrado Corazón, que murió en 1941 en prisión, donde estaba sufriendo una injusta condena por tráfico de divisas, que le había sido infligida en 1935.

Con ocasión de la Pascua de este mismo año (19 de marzo), el obispo de Münster von Galen condenó nuevamente las teorías de Rosenberg con una enésima carta pastoral; pocos meses después, 6 y 7 de julio, en el congreso de distrito del partido, en la misma Münster, el ideólogo del nazismo atacó personalmente al obispo; pero los fieles de la diócesis se reunieron solidariamente en torno a su pastor. El día 8 esta solidaridad se expresó con una procesión en la que participaron 20.000 personas. La procesión terminó con algunos choques entre los fieles y la policía, que intentaba obstaculizar la manifestación. El 16 de julio las autoridades promulgaron el Decreto sobre el Catolicismo Político, que preveía medidas penales rigurosas contra presuntas interferencias de los católicos en los asuntos del estado.

p. 254

En 1936, aparte de una breve pausa con ocasión de las Olimpiadas de Berlín debida a motivos propagandísticos frente a la opinión pública internacional, la persecución continuó: fue prohibida la publicación periódica de las organizaciones juveniles católicas *Die junge Front*, abiertamente crítica contra el nacionalsocialismo, que había alcanzado una tirada de 300.000 ejemplares; poco después, alrededor de cincuenta directivos de estas asociaciones fueron encarcelados. La casa editorial *Jugendführung* de Düsseldorf fue cerrada por las autoridades, motivo por el que el obispo von Galen elevó una protesta al ministro de los cultos del *Reich*, Hans Kerrl. El 18 de agosto de ese mismo año, los obispos alemanes, reunidos en Fulda, se pusieron de acuerdo sobre el texto

de una carta que enviarían al Papa, pidiéndole que se pronunciara con una encíclica sobre la difícil situación de la Iglesia en la Alemania nazi.

El 1º de septiembre un decreto establecía la incorporación obligatoria de todos los jóvenes alemanes a la Juventud Hitleriana. El 4 de noviembre el Card. Faulhaber logró obtener un encuentro con Hitler, en el que protestó por las numerosas violaciones del concordato por parte del régimen: el dictador respondió en términos corteses, pero no se produjo ningún cambio de política; es más, en el mismo mes de noviembre se llevó a cabo una campaña para quitar los crucifijos de las aulas escolares, y el 1º de diciembre Hitler decretó que todas las asociaciones juveniles que no fueran nacionalsocialistas quedaban fuera de la ley.

Al comienzo de 1937 las notas de protesta dirigidas por la Secretaría de Estado al gobierno germánico por las repetidas violaciones del concordato habían alcanzado ya la considerable cifra de 55, sin recibir generalmente respuesta de las autoridades alemanas. El Papa pensó pues publicar una encíclica sobre la difícil situación de la Iglesia en Alemania. En enero convocó a Roma a los tres cardenales alemanes (von Faulhaber, Bertram y el arzobispo de Colonia Joseph Schulte), junto a los dos jóvenes y aguerridos obispos de Münster y Berlín (von Galen y von Preysing). Después de haber consultado secretamente a los obispos alemanes, se redactó la encíclica, con la colaboración del mismo secretario de estado y del Card. von Faulhaber. El texto de la carta encíclica *Mit brennender Sorge*, escrita en alemán, fue introducido secretamente en Alemania, donde fue impreso, a escondidas de las autoridades nazis, en doce tipografías y después distribuido (solo en la diócesis de Münster se distribuyeron 120.000 copias) con la ayuda de las asociaciones juveniles católicas, en las 11.500 parroquias del país; durante la Misa dominical del 22 de marzo, Domingo de Ramos, en todas las iglesias de Alemania, este documento pontificio fue públicamente leído a los fieles.

p. 255

La encíclica condenaba algunos aspectos de la ideología nazi y denunciaba las continuas violaciones del concordato por parte del gobierno alemán; estas condenas se expresaban con acentos fuertes, como es patente, por ejemplo, en las palabras con que se condena el neopaganismo nazi: “ni tampoco lo es [cristiano] quien, siguiendo una pretendida concepción precristiana del antiguo germanismo, pone en lugar del Dios personal el hado sombrío e impersonal”. O bien las frases que expresan la condena del racismo y del nacionalismo: “si la raza o el pueblo, si el estado o una forma determinada del mismo, si los representantes del poder estatal u otros elementos fundamentales de la sociedad humana tienen en el orden natural un puesto esencial y digno de respeto, con todo, quien los arranca de esta escala de valores terrenales elevándolos a suprema norma de todo, aun de los valores religiosos, y, divinizándolos con culto idolátrico, pervierte y falsifica el orden creado e impuesto por Dios, está lejos de la verdadera fe”; “Dios ha dado sus mandamientos de manera soberana, mandamientos independientes del tiempo y del espacio, de la región y de la raza”; “quien con la palabra *inmortalidad* no quiere expresar más que una sobrevivencia colectiva en la continuidad del propio pueblo para un porvenir de indeterminada duración en este mundo, pervierte y falsifica una de las verdades fundamentales de la fe cristiana”. Igualmente la reprobación de los ataques nazis al Antiguo Testamento es muy clara: “el que pretende desterrar de la Iglesia y de la escuela la historia bíblica y las sabias enseñanzas del Antiguo Testamento, blasfema la palabra de Dios, blasfema el plan de salvación dispuesto por el Omnipotente”; de igual forma se rechaza la ridiculización de la que era objeto, por parte de los nazis, la virtud cristiana de la humildad: “en su necio afán de ridiculizar la humildad cristiana como una degradación de sí mismo y como una actitud cobarde, la repugnante soberbia de estos innovadores no consigue más que hacerse ella misma ridícula”. El Papa denunciaba también las persecuciones de las que eran objeto los jóvenes católicos, los sacerdotes y los laicos: “sabemos que muchísimos de vosotros [jóvenes], por ser fieles a la fe y a la Iglesia, y por pertenecer a asociaciones religiosas, tuteladas por el concordato, habéis tenido y tenéis que soportar trances duros de desprecio, de sospechas, de vituperios, acusados de antipatriotismo, perjudicados en vuestra vida profesional y social”; “a todos aquellos [sacerdotes] que han conservado para con sus obispos la fidelidad prometida en la ordenación, a aquellos que en el cumplimiento de su oficio pastoral han tenido y tienen que soportar dolores y persecuciones –algunos hasta ser encarcelados o

mandados a campos de concentración–, a todos ellos llegue la expresión de gratitud y el encomio del padre de la cristiandad”; “y en

p. 256

primer lugar [enviamos nuestro paterno saludo] a los miembros de las asociaciones católicas, que con valentía y a costa de sacrificios, a menudo dolorosos, se han mantenido fieles a Cristo”.

La reacción nazi no se hizo esperar: además de las protestas diplomáticas del embajador alemán ante la Santa Sede Diego von Bergen, muchos sacerdotes católicos fueron detenidos por distintos motivos y deportados a los campos de concentración; las organizaciones católicas juveniles fueron suprimidas (no obstante continuaron existiendo clandestinamente), las doce tipografías que habían imprimido el documento pontificio fueron incautadas, los boletines diocesanos fueron suspendidos por tres meses; el mismo Hitler reaccionó con violencia contra la Iglesia y la Santa Sede en dos discursos que pronunció el 1º y el 29 de mayo. El 10 de junio la policía entró en la sede del Vicariato General de la Archidiócesis de Colonia, llevó a cabo un registro y secuestró muchos documentos, entre otros la correspondencia entre los cardenales Schulte y Pacelli. Los procesos a los eclesiásticos, que habían quedado interrumpidos en 1936 para las Olimpiadas, fueron reanudados. El periódico *Katholisches Kirchenblatt für die Stadt Münster* fue cerrado por las autoridades.

De todas formas, la lectura de la encíclica dio muchos ánimos a los católicos alemanes que se oponían al nazismo, reafirmando en su obra de resistencia no violenta al régimen, con la adquisición de la clara conciencia de tener en esto todo el apoyo del Papa. Hubo grandes manifestaciones de masa por parte de los católicos: en mayo 60.000 fieles se reunieron en Bamberg para celebrar el séptimo centenario de la catedral de la ciudad; en julio 800.000 llegaron de todas partes del país a Aquisgrán para participar en la peregrinación de la *Aachener Heiligtumsfahrt*. La Iglesia Católica encauzó la protesta antinazi, hasta el punto de que en Düsseldorf los comunistas invitaban a los miembros de sus redes clandestinas a participar en la procesión del *Corpus Christi* para manifestar así su oposición al régimen. Todo esto llevó a un endurecimiento de las medidas anticatólicas del gobierno: el 29 de diciembre, 82 instituciones de enseñanza católica (que acogían a un total de 15.000 alumnos) fueron cerradas y al mismo tiempo se iniciaba una campaña contra la enseñanza de la religión en las escuelas públicas.

4. El combate se extiende: la expansión del *Reich* en Austria y Checoslovaquia

El 10 de marzo de 1938 las autoridades de Baviera promulgaron una ley sobre las inspecciones académicas, que preveía, entre otras cosas,

p. 257

que los sacerdotes tuvieran que recibir un permiso especial para enseñar, del que quedaban excluidos todos aquellos que resultaran políticamente “no seguros”. En abril, el gobierno de Berlín establecía una directriz para las escuelas en la que se exhortaba a los dirigentes a no tener en cuenta lo más mínimo las protestas de la jerarquía para el nombramiento de los profesores de religión laicos. Muchas escuelas confesionales fueron simplemente suprimidas.

La segunda mitad de 1938 vio parcialmente disminuir la presión sobre la Iglesia Católica: Hitler iniciaba su política de expansión, asumiendo el riesgo de la guerra, y deseaba evitar cuestiones que comprometieran la unidad interna del pueblo alemán. Habiendo logrado anexionar Austria (marzo) y el territorio de los Sudetes (octubre) sin derramamiento de sangre, el dictador nazi alcanzaba uno de los momentos de mayor popularidad en Alemania.

También en Austria, no obstante el apoyo que el Card. Theodor Innitzer y los demás obispos austríacos dieron inicialmente a la anexión (motivo por el que el cardenal de Viena fue llamado al Vaticano por Pío XI y severamente reprendido), la hostilidad nacionalsocialista hacia la Iglesia se manifestó muy rápidamente: el gobierno germánico se negó a aplicar el concordato en los territorios recién anexados, a la vez que se declaraba caducado el concordato vigente entre la Santa Sede y Austria (de 1934). En los territorios austríacos la Iglesia Católica quedaba, pues, sin protec-

ción jurídica, sin posibilidad de acoger un representante diplomático del Papa y sin que el nuncio de Berlín pudiera interesarse por los acontecimientos relativos a estas regiones; esta sería la línea que Hitler seguiría en los años sucesivos en todas las regiones conquistadas por los ejércitos alemanes: el concordato y los poderes del nuncio eran considerados válidos sólo en el *Altreich*, es decir, en el territorio alemán de 1933.

Para los católicos austríacos comenzaron siete largos años de persecuciones y vejaciones por parte de los nazis; como ejemplo de esto se pueden mencionar las medidas tomadas en los meses siguientes al *Anschluss*: en octubre el Card. Innitzer, arzobispo de Viena, fue insultado en los alrededores de la catedral y su palacio fue saqueado por los nazis; las facultades católicas de Salzburgo e Innsbruck fueron cerradas, los hermanos de las escuelas cristianas fueron expulsados de sus institutos y lo mismo ocurrió con muchas congregaciones femeninas; a muchas de las monjas las alejaron de los hospitales en los que prestaban sus servicios; el *Bund der Katholiken* (Liga Católica) fue disuelto; se prohibió a los funcionarios públicos mandar a sus hijos a las escuelas católicas y se buscó la forma de hacerles firmar declaraciones con las que aceptaban el neopaganismo nacionalsocialista.

p. 258

La persecución en Austria no fue sólo cosa de los primeros meses tras la anexión; también después se registraron continuos asaltos y provocaciones, como la irrupción de la Gestapo, durante el verano de 1940, en el convento de los capuchinos de Innsbruck, donde la policía nazi entró con violencia y requisó todo tipo de cosas: documentos, dinero y hasta la comida que se había preparado para la comunidad; a continuación expulsó a los frailes, dándoles nada más que dos horas de tiempo para prepararse, y cerró el convento. Además, los católicos hebreos o descendientes de judíos sufrieron particularmente: según las informaciones enviadas a Roma por el Card. Innitzer en 1941, de los 60.000 hebreos deportados de Austria al Gobierno General de Polonia, 11.000 profesaban la religión católica. En 1996, el Papa Juan Pablo II beatificó al P. Jakob Gapp, religioso austríaco de la Sociedad de María, que fue condenado a la decapitación por las autoridades nazis en julio de 1943. Otros mártires austríacos fueron el sacerdote tirolés Otto Neururer, bárbaramente ajusticiado en Buchenwald en 1940 por haber bautizado a otro prisionero, sor María Restituta Kafka, franciscana de la caridad, ajusticiada en 1942, los frailes menores Johann Kapistran Pieller y Angelus Steinwender, fusilados en 1945, el jesuita Johann Schwingshackl, que murió en prisión por agotamiento en el mismo año.

Señal de la tensión existente entre la Santa Sede y el Tercer *Reich* fue el comportamiento adoptado por Pío XI al momento de la visita de Hitler a Roma en el mismo 1938: el Papa se retiró a Castelgandolfo en signo de protesta, y mandó cerrar los Museos Vaticanos. La Secretaría de Estado logró también obtener una desviación del cortejo de Hitler, para que no transitara por la *via della Conciliazione*, como querían las autoridades fascistas: desde el Vaticano se calificó como contrario al sentido común, y como algo ultrajoso para con la Santa Sede, el hecho que el cortejo pasara bajo las ventanas del Papa. Las autoridades eclesiásticas prohibieron a los clérigos y a los religiosos de cualquier rango la participación en las celebraciones, ceremonias y eventos que se llevaran a cabo con motivo de la visita del dictador alemán, y la nobleza *papalina* de Roma adoptó igual postura. Pocos días después de la visita de Hitler a Roma, el Papa mandó publicar, por la Congregación de los Seminarios y de las Universidades Católicas, un documento que contenía *Ocho proposiciones contra el racismo germánico*, dirigido a todas las universidades católicas del mundo. Pío XI, además, encargó a dos jesuitas, el americano John La Farge y el alemán Gustav Gundlach, preparar un borrador de encíclica sobre el racismo y el antisemitismo, que hubiera debido titularse *La unidad del género humano*; pero el Papa murió antes de poder decidir su publicación.

p. 259

El año 1939 se abrió con la disolución definitiva de la asociación de los jóvenes católicos, que hasta ese momento había logrado de algún modo sobrevivir. El 2 de marzo de 1939, tras la muerte de Pío XI, el Card. Pacelli fue elegido Papa y asumió el nombre de Pío XII: su elección fue “acogida” con ataques a su persona, aparecidos en la prensa nazi (de modo particular en el órgano oficial de las S.S., *Das schwarze Korps*). Pocos días después, el 6 y el 9 de marzo, el nuevo Papa recibía

a los cardenales del *Reich* Bertram, von Faulhaber, Schulte e Innitzer, para discutir sobre la difícil situación de la Iglesia bajo el dominio nazi. El día 12, a la ceremonia de coronación, la ausencia de una representación alemana fue registrada como un gesto hostil hacia la Santa Sede. El Papa hizo un intento de dar un nuevo curso a las relaciones germano-vaticanas, de acuerdo con Bertram y von Faulhaber, recordando el cambio de atmósfera que en el pasado las había serenado con ocasión de la elección de un nuevo Papa: se pensaba en el comienzo del pontificado de León XIII, en el que se logró, con una política de conciliación, poner fin al *Kulturkampf*. Pío XII escribió por ello una carta a Hitler en términos distensivos, que recibió sin embargo una respuesta muy fría. Las vejaciones contra el mundo católico continuaron: de este año son la abolición de las escuelas confesionales todavía existentes y el cierre de la Facultad Teológica de Múnich.

Mientras tanto, en los primeros meses de 1939, otros territorios habitados por católicos fueron ocupados por la Alemania nazi: sin que hubiera ninguna resistencia armada, el 16 de marzo se instituyó el Protectorado del *Reich* en Bohemia y Moravia, y pocos días después Lituania fue obligada a ceder la ciudad marítima de Memel (Klaipeda) con su territorio. La opresión que toda la población checa tuvo que sufrir hasta el fin de la guerra afectó de modo particular a los sacerdotes católicos: fueron deportados varios centenares y 73 de ellos murieron en los campos de concentración; entre ellos hay que recordar a Mons. Joseph Beran, futuro arzobispo de Praga, que pasó tres años en el campo de Dachau. También en Eslovaquia, a pesar de que era un estado aliado de Alemania, la Iglesia cuenta con algunos mártires, como el padre salvatoriano Jaroslav Micola, fusilado en 1942 por la ayuda que ofreció a los deportados por las autoridades nazional-socialistas.

5. La Segunda Guerra Mundial y la extensión de la persecución a todo el continente

La política de expansión de Hitler, que hasta la incorporación de Memel no había encontrado serios obstáculos, se estrelló finalmente con la resistencia polaca por la cuestión de Dantzig, y el 1º de septiembre de

p. 260

1939 estallaba la Segunda Guerra Mundial. La primera víctima de los ejércitos nazis fue precisamente Polonia, que resultó rápidamente derrotada y humillada: parte de su territorio quedó anexado a Alemania (Warthegau) y otra parte se destinó para la constitución del *Gobierno General*, una especie de colonia del *Reich*. Los nazis, empujados por su ideología racista, querían transformar la nación polaca en una población de siervos del estado alemán; para alcanzar tal objetivo se pretendió eliminar a los grupos sociales que constituían el alma de este pueblo eslavo: los intelectuales, la nobleza, el clero. Inició así el calvario de la Iglesia polaca, que duró alrededor de seis años. Desde los primeros días de la ocupación, sólo en Varsovia la Gestapo llevó a cabo la detención de unos 300 sacerdotes; el Card. August Hlond, primado de Polonia, el 9 de octubre de 1939 escribía al Papa lamentando el fusilamiento de once sacerdotes de su diócesis. Con el pasar del tiempo más de un tercio de los sacerdotes polacos fueron asesinados, encarcelados o deportados; entre ellos es muy conocido el padre franciscano san Maximiliano María Kolbe, matado en el campo de Auschwitz.

Muchos eclesiásticos fueron internados en Dachau, donde se les sometió a particulares vejaciones y humillaciones, precisamente por su condición de sacerdotes católicos; numerosos sacerdotes polacos, checos y holandeses fueron usados en este campo como cobayas humanas para experimentos biológicos, como sucedió, por ejemplo, con el carmelita holandés Tito Brandsma (beatificado en 1985). En 1943, en este campo estaban internados 2.644 sacerdotes católicos provenientes de 24 países. Al final de la guerra el mismo Pío XII, en su Alocución al Colegio Cardenalicio del 2 de junio de 1945 proporcionó algunos datos estadísticos: “Desde 1940 a 1945 fueron encarcelados en este mismo campo [Dachau] 2.800 clérigos y religiosos de aquella nación [Polonia], entre ellos el obispo auxiliar de Wladislavia, que murió allí de tifus. En el abril pasado de ellos quedaban solamente 816, ya que todos los demás habían muerto, a excepción de dos o tres, tras-

ladados a otro campo. En el verano de 1942 se señaló la presencia, allí, de unos 480 ministros del culto, de lengua alemana, de los cuales 45 protestantes y todos los demás sacerdotes católicos. A pesar del continuo afluir de nuevos internados, especialmente de algunas diócesis de Baviera, Renania y Westfalia, su número, a causa de la fuerte mortalidad, al inicio de ese año no superaba los 350. Y no hay que pasar bajo silencio a los pertenecientes a los territorios ocupados: Holanda, Bélgica, Francia (entre ellos Gabriel Piguet, obispo de Clermont-Ferrand), Luxemburgo, Eslovenia, Italia. Muchos de estos sacerdotes y laicos tuvieron que soportar indecibles padecimientos a causa de su fe y vocación. En un caso el odio de los impíos contra

p. 261

Cristo llegó hasta el extremo de parodiar, en un sacerdote internado, con alambre de espinas, la flagelación y la coronación de espinas del Redentor”.

El Papa conocía muy bien la situación polaca, pero no podía intervenir públicamente por temor de agravar la situación de aquella atormentada población; de hecho el 13 de mayo de 1940, en una audiencia concedida al embajador italiano ante la Santa Sede Dino Alfieri, Pío XII afirmó: “Los italianos conocen bien los horrores que se están produciendo en Polonia. Deberíamos lanzar palabras de fuego contra hechos semejantes; lo único que Nos contiene es que sabemos que, si habláramos, agudizaríamos aún más la intolerable situación de esos pobres desgraciados”; estas palabras se referían tanto a los judíos como a los católicos polacos. En todo caso, repetidas veces, sobre todo en la encíclica *Summi Pontificatus* (20 de octubre de 1939), el Papa había expresado públicamente palabras de aprecio y estímulo al pueblo polaco.

El gobierno alemán se negaba, también para Polonia, a reconocer la competencia del nuncio en Alemania Cesare Orsenigo: todas las peticiones y protestas de la Santa Sede referidas a la situación polaca, que llegaban a Berlín a través de la nunciatura, eran por lo tanto sencillamente no aceptadas y devueltas a su remitente. La persecución nazi de la Iglesia en Polonia fue de una ferocidad implacable: al primado Card. August Hlond, que se encontraba en el extranjero, no se le permitió regresar a Polonia; Mons. Michal Kozal, obispo auxiliar de Wroclaw, fue detenido en 1939 y murió en el campo de Dachau; Mons. Walenty Dymek, obispo auxiliar de Poznan, fue sometido a residencia vigilada; el beato Antoni Nowowiejski, obispo de Plock, murió en junio de 1941 en el campo de Dzialdowo, mientras su auxiliar, Mons. Leon Wetmanski, murió en Auschwitz; el obispo de Lublín Mons. Marian Leon Fulman fue detenido junto a su auxiliar, el beato Wladyslaw Goral: el primero fue enviado al confinamiento, el segundo destinado a un campo de concentración donde murió; se intentó reemplazar a los obispos polacos con prelados alemanes; fueron ajusticiados 4 obispos, 1.996 sacerdotes, 113 clérigos y 238 religiosos; fueron deportados 3.642 sacerdotes, 389 clérigos y 1.458 religiosos y muchos de ellos murieron en los campos de concentración; también fueron deportados o ejecutados un gran número de laicos católicos a causa de su fe; los seminarios, los noviciados y las escuelas católicas fueron cerradas, la instrucción religiosa de los niños fue sometida a notables limitaciones, muchas iglesias fueron cerradas; en el Warthegau se prohibió toda ceremonia litúrgica (hasta la confesión) en lengua polaca, se cerraron casi todas las iglesias católicas (940 sobre 1.000), y prácticamente la totalidad

p. 262

del clero fue arrestado, asesinado o deportado (al final de la guerra quedaban unos setenta sacerdotes de un total de alrededor de 1.800 que había en 1939).

Pío XII, que logró mantenerse en contacto con el episcopado polaco a través de una correspondencia clandestina, favorecida por capellanes militares italianos, no recurrió a condenas explícitas y formales por solicitud del arzobispo de Cracovia, Mons. Adam Stefan Sapieha, que temía un recrudecimiento de la persecución. Pero, de otro lado, la propaganda nazi pintaba a los polacos el cuadro de un papa lejano y despreocupado de su situación y los polacos en el extranjero hacían grandes presiones sobre el Vaticano; Pío XII optó, pues, por hablar de Polonia en tonos alusivos pero enérgicos, en una carta del 2 de junio de 1943. Después de esto los contactos entre el Vaticano y Polonia fueron prácticamente inexistentes. En 1944 los nazis arrestaron también al primado de Polonia, Card. Hlond, que se encontraba confinado en Saboya: fue liberado en Alemania por los soldados americanos en 1945. La persecución también alcanzó los tesoros de arte religioso de la nación polaca: el 15 de noviembre de 1939 el gobernador general de Cracovia, Hans

Frank, había ordenado la confiscación de todas las obras de arte existentes en el territorio que él administraba, incluidas las de propiedad eclesiástica, que fueron enviadas principalmente a Alemania; muchas obras se perdieron en esta expoliación y no fueron recobradas en lo sucesivo.

Era tal la oposición entre la Santa Sede y la Alemania nazi que en el invierno 1939-40 el Vaticano aceptó mediar entre la diplomacia británica y un grupo de conspiradores alemanes de ambientes conservadores, cuyo contacto con Roma era el abogado católico de Múnich Joseph Müller. El 11 de marzo de 1940 Pío XII y el Card. Luigi Maglione, secretario de estado, recibieron al ministro de asuntos exteriores alemán, Joachim Ribbentrop. El encuentro, aunque conservó las formas de la cortesía diplomática, se transformó en un duro choque verbal.

En 1940 un incidente amenazó dividir a los obispos alemanes: en abril, en efecto, el Card. Bertram, que sostenía una línea conciliadora con el gobierno con el objetivo de limitar las persecuciones, envió a Hitler un mensaje de felicitación por su cumpleaños, sin informar con tiempo a sus colegas; varios obispos protestaron, en primer lugar von Preysing, que escribió a Pío XII presentando su dimisión: el Papa no la aceptó, pero escribió una carta a los obispos alemanes intentando remediar la fractura e invitándoles a un profundo examen de conciencia a partir del incidente. Además de Bertram, también el nuncio en Berlín, Mons. Cesare Orsenigo, seguía una línea que evitara el choque frontal con el régimen, para salvaguardar espacios de maniobra diplomática: en ello

p. 263

era criticado por algunos obispos alemanes; Pío XII no quiso sustituirlo, probablemente por temor a que el gobierno germánico, con alguna excusa, no concediera las credenciales a su posible sucesor: el nuncio era de hecho un canal de comunicación fundamental entre la Santa Sede y el mundo católico alemán, puesto que a través de él el Papa podía mantener una correspondencia reservada con todos los obispos del *Altreich*.

Los nazis, entre tanto, continuaban cosechando una victoria tras otra: en primavera Dinamarca, Noruega, los Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo y Francia cayeron en sus manos y los católicos franceses (en la mitad del país ocupada por el ejército alemán), belgas y holandeses tuvieron que sufrir también ellos las injusticias de la persecución nacionalsocialista. Alsacia, Lorena y Luxemburgo fueron agregados al *Reich*, pero, como ya había sucedido con Austria, Memel, el territorio de los Sudetes y el Warthegau, sin la protección del concordato. Los telegramas de solidaridad a los pueblos holandés, luxemburgués y belga, enviados por Pío XII a la reina Guillermina, a la gran duquesa Carlota y al rey Leopoldo, provocaron en Alemania una campaña de difamación contra la persona del Papa, que a partir de entonces fue presentado por los órganos de propaganda del régimen como un enemigo de Alemania. En el mes de julio el nuncio en Bélgica y el internuncio en Holanda fueron expulsados por las autoridades invasoras.

En Alsacia y Lorena los seminarios y las escuelas católicas fueron cerrados y fue impedido a los sacerdotes impartir educación religiosa en las escuelas; el obispo de Metz, Mons. Joseph-Jean Heintz, fue echado de la diócesis (con un preaviso de dos horas) y muchos sacerdotes fueron expulsados; además fue prohibida la predicación en francés. En Estrasburgo el arzobispo Mons. Charles Ruch, que se encontraba fuera de la diócesis, no recibió el permiso para regresar, la catedral fue cerrada al culto (con intención de transformarla en monumento nacional al final de la guerra) y la facultad de teología fue cerrada.

En la Francia ocupada por los alemanes, muchos católicos, laicos y eclesiásticos, tuvieron que soportar grandes sufrimientos por parte de los nazis. La persecución entre 1940 y 1945 costó la vida a casi 230 sacerdotes franceses. Se pueden recordar, entre las muchas víctimas: el jesuita Louis de Jabrun, muerto en Buchenwald, el sacerdote François Basset, fallecido en Mauthausen; los cuatro frailes menores Gérard-Martin Cendrier, Xavier Boucher, Roger Le Ber y Louis Paraire, muertos en Buchenwald; Augustin Meyer, también franciscano, muerto mientras lo llevaban de un campo a otro; la madre Isabel de la Eucaristía, asesinada en las cámaras de gas de Ravensbrück; el padre Maurice Rondeau, muerto en Dachau; el miembro de la J.O.C. Henri Euzenat, muerto en Mauthausen; el *scout* Joël Anglès d'Auriac, decapitado en Alemania.

p. 264

Solamente en el campo de Dachau fueron internados 156 sacerdotes franceses, a quienes hay que añadir 63 eclesiásticos holandeses, 50 belgas y 17 luxemburgueses.

Otra batalla diplomática entre la Santa Sede y el *Reich* tuvo lugar entre junio y octubre de 1940, en relación al nombramiento del nuevo obispo de Budejovice, en el Protectorado de Bohemia y Moravia: los nazis pretendían un obispo alemán, pero el Vaticano no se doblegó y después de una batalla diplomática de muchas semanas consiguió imponer su candidato, que era checo como la mayoría de la población de la diócesis. El año 1940 se caracterizó también, en Alemania y en todos los territorios controlados por los ejércitos hitlerianos, por el inicio de una serie de medidas vejatorias contra la Compañía de Jesús, que prosiguieron hasta el final de la guerra.

En el verano del mismo año, el régimen, gracias a sus fulgurantes victorias militares, gozaba de una notable popularidad en toda Alemania; Hitler pensó por tanto estar en condiciones de emprender una política de abierta hostilidad contra la Iglesia: muchos seminaristas y novicios fueron por lo tanto llamados a las armas; se comenzó a requisar muchos conventos y monasterios, tanto masculinos como femeninos, obligando a las comunidades a abandonar sus casas, muchas veces de improviso, y a trasaldarse a regiones lejanas; a veces estas medidas provocaron la reacción de la población, como en el caso de la expropiación de la Abadía de Münsterschwarzach en Franconia, en 1941, donde las autoridades tuvieron que enviar repartos del ejército para restablecer el orden. En total, entre septiembre de 1940 y julio de 1941, fueron confiscadas 100 casas religiosas y fueron expulsadas las respectivas comunidades. Por otro lado, se intensificó la campaña de eutanasia, dirigida a matar a todos los sujetos no productivos (enfermos mentales, minusválidos, mutilados, ancianos incapaces de valerse por sí mismos): a eliminar, según la definición nacionalsocialista, “las vidas que no valía la pena ser vividas”; parece que desde 1939 a 1941 fueron eliminadas 100.000 personas.

Frente a tales crímenes y abusos, el obispo de Münster, Clemens August von Galen, abandonó la línea prudente propugnada por el Card. Bertram y, ante una gran masa de fieles, pronunció en el verano de 1941 dos homilias (el 13 y el 20 de julio) contra las expulsiones de religiosos (entre ellos los jesuitas) y religiosas, que habían tenido lugar en la diócesis, y otro sermón (el 3 de agosto) contra la eutanasia (800 casos en Münster en 1941): esta predicación tuvo una notable resonancia tanto en Alemania como en el extranjero, y los textos de las homilias circularon clandestinamente por todo el territorio del *Reich*, a pesar de los controles de la policía y las terribles penas que eran impuestas (en

p. 265

Hamburgo, el 10 de noviembre de 1941, tres sacerdotes católicos y un pastor protestante fueron ejecutados por haber difundido los sermones de von Galen; lo mismo le sucedió a la fiel católica María Terwiel, de Boppard). Martin Bormann pidió la condena de muerte, en la horca, para el valeroso obispo, pero Joseph Goebbels, ministro de la Propaganda, convenció a Hitler de que ello sería contraproducente ante la opinión pública. Los nazis en todo caso, no atreviéndose a atacar directamente al obispo por su gran popularidad, arrestaron sin embargo decenas de sacerdotes de su diócesis, enviando muchos de ellos a los campos de concentración. Pero tanto la expulsión de religiosos como la matanza de enfermos resultaron notablemente reducidas, puesto que los nazis tuvieron que llevar a cabo tales actos criminales con mucha más circunspección; además, la denuncia de la política eutanásica abatía profundamente el ánimo de las tropas combatientes en los varios frentes, que corrían el riesgo de sufrir mutilaciones o graves lesiones permanentes. Pío XII animó al obispo para que siguiera esta línea de denuncia. A partir de ese momento von Galen opuso una valiente resistencia pública al nazismo, ganándose el aprecio y el cariño de sus fieles, de todos los opositores del nazismo en Alemania y en otros lugares, y del mismo Papa, quien lo puso a menudo como ejemplo para los demás obispos alemanes, y ganándose además el apelativo de “León de Münster”. Los nazis, que no pudieron arrestarlo a causa de su popularidad, se habían propuesto de todas formas eliminarlo en cuanto acabara la guerra.

Mientras tanto la lucha entre el catolicismo y el nazismo arreciaba en el territorio del *Reich* y no todos los obispos estaban protegidos por una fama como la que encubría a von Galen; de hecho, en marzo de 1941, el obispo auxiliar de Múnich, Mons. Johann Neuhäusler, había sido dete-

nido por la Gestapo por sospechoso de tener contactos con la oposición conservadora al régimen: terminaría en el campo de Dachau. Algunos meses después, el 23 de octubre, la Gestapo arrestó al sacerdote Bernhard Lichtenberg (beatificado en 1996), archipreste de la catedral de Berlín, por la ayuda que daba a los hebreos cristianos perseguidos por los nacionalsocialistas: excarcelado en 1943, fue poco después detenido nuevamente: murió en noviembre de 1943, durante el viaje de traslado hacia Dachau.

En 1941 los ejércitos alemán, italiano, húngaro y búlgaro habían ocupado Yugoslavia, que fue repartida entre estos países; una parte de Eslovenia, la provincia de Maribor, fue anexionada al *Reich* y también aquí comenzaron las persecuciones contra el clero, y en particular contra la Compañía de Jesús: entre las numerosas víctimas se recuerdan al jesuita Alojzij Zuzek y al fraile menor Matej Tusek.

p. 266

En el verano de 1941, Hitler lanzó sus soldados a la invasión de la Unión Soviética y trató, con fines propagandísticos, de presentar esta guerra como una cruzada europea antibolchevique: el Papa no se dejó implicar en este juego y, en ninguno de sus discursos y documentos, habló de este frente de guerra con términos que ni de lejos pudieran parecerse a “cruzada” o “lucha anticomunista”.

Entre los inmensos territorios soviéticos conquistados por los alemanes se encontraban las zonas católicas de Ucrania que, después de haber conocido la durísima persecución comunista, caían ahora bajo el dominio nacionalsocialista; el metropolitano de Leópolis, Mons. Andrzej Szeptyckyj, en una carta dirigida a Pío XII en agosto de 1942, describió el régimen de los nuevos dominadores como “perverso, casi diabólico, en un grado más agudo que el régimen bolchevique”. Una ulterior confirmación de la hostilidad nacionalsocialista hacia el catolicismo, fue la prohibición que el mando alemán puso a los capellanes militares de los repartos italianos desplazados en Rusia, de extender su acción pastoral a las poblaciones civiles de las zonas ocupadas. También los católicos de Lituania, puestos ya duramente a prueba durante un año de persecución general por obra de los soviéticos, conocieron nuevos sufrimientos con la invasión nazi: se recuerdan como mártires el sacerdote Alfonsas Lipniunas y el diácono Vaclovas Stulginkis; pruebas semejantes padecieron los fieles bielorrusos, como demuestra el martirio de once monjas de la Congregación de la Sagrada Familia de Nazareth, ocurrido el 1º de agosto de 1943 de mano de soldados alemanes.

En 1941 es también digno de mención el empeño llevado a cabo por la Santa Sede, a través del nuncio en Madrid Mons. Gaetano Cicognani, para rebatir la campaña propagandística nazi en España, y para evitar la entrada en campo a favor del Eje de este país con fuerte mayoría católica.

El año 1942 representó el período de apogeo del “nuevo orden” nacionalsocialista, que controlaba prácticamente todo el viejo continente, a excepción de Gran Bretaña y de la parte oriental de Rusia; la Iglesia europea pagó una notable contribución de sangre y de dolor a causa del poder hitleriano; durante la guerra fueron de hecho internados en los campos nazis 5.500 eclesiásticos y religiosos de las diferentes nacionalidades del continente. La persecución, en grados distintos, arreció por doquier, hasta en las zonas más remotas del dominio nacionalsocialista, como en Lituania, donde, precisamente en 1942, el arzobispo de Vilnius y Kaunas, Mons. Romuald Jalbrzykowski fue expulsado de su diócesis y sometido a residencia vigilada. En junio Hitler ordenó que se negara a la Santa Sede el derecho de intervenir en cualquier cuestión relativa a las

p. 267

zonas anexionadas u ocupadas por los alemanes desde 1938: esta medida fue causada por la negativa del Vaticano a aceptar la reivindicación alemana del derecho de veto sobre los nombramientos episcopales en todos estos territorios.

En este año la persecución afectó particularmente a Holanda: como consecuencia de la denuncia pública de los obispos católicos de este país contra la deportación de los judíos, el 26 de julio los nacionalsocialistas capturaron también a los hebreos de religión católica de los Países Bajos; en esta ocasión fue enviada a un campo de concentración santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein). En el mismo año los alemanes ocuparon la parte de Francia que había quedado hasta entonces bajo el régimen de Vichy, por lo que también en la parte meridional del país

la Iglesia tuvo que sufrir numerosas medidas vejatorias, sobre todo causadas por la ayuda ofrecida por las instituciones eclesíásticas a los judíos. También hay que recordar que el radiomensaje navideño de Pío XII de 1942 fue oscurecido por el sistema informativo alemán y su divulgación en Alemania se consideró como un crimen contra la seguridad del estado, y por tanto merecedora de la pena de muerte. En este mismo año, en Múnich, comenzó a operar la Rosa Blanca, un grupo clandestino de oposición de jóvenes cristianos, tanto católicos (los más notorios son Willi Graf y Kurt Huber) como protestantes (los hermanos Hans y Sophie Scholl, los más conocidos del grupo), que se dedicaba fundamentalmente a hacer propaganda antinazi. Tras ser descubiertos, fueron todos ajusticiados en 1943. De este mismo año es la condena a la horca del comerciante católico Leo Statz, acusado de haberse burlado, durante el carnaval, de la amistad entre Hitler y Mussolini, y la decapitación del padre Friedrich Heinrich Lorenz, oblato de María Inmaculada. Algunas ejecuciones revistieron un alto valor simbólico en ámbito ecuménico: en 1943 fueron decapitados juntos los sacerdotes católicos Johannes Prassek, Hermann Lange y Eduard Müller y el pastor protestante Karl Friedrich Stellbrink. El 17 de abril de 1944 fue también decapitado Max Josef Metzger, fundador del movimiento *Una Sancta*, condenado por sus contactos con el obispo luterano Erling Eidem, de Upsala (Suecia).

En los años de la guerra, estuvo también activo un grupo de opositores al régimen, que se dedicaban a crear redes de contactos entre las personas que se oponían al nazismo: se trata del Círculo de Kreisau, constituido alrededor de los condes Helmut James von Moltke y Peter Yorck von Wartenburg, con quienes entraron en relación no pocas personalidades del mundo católico, como Hans Peters y los jesuitas Augustin Rösch (provincial de Baviera), Alfred Delp y Lothar König; también el obispo de Berlín von Preysing mantuvo un trato ocasional con el círculo.

p. 268

6. La persecución en los meses del ocaso y caída del poder hitleriano

En el otoño de 1943 tocó a Italia sufrir la ocupación nazi: muchos eclesíásticos y laicos padecieron por su empeño en salvar las vidas humanas de judíos o antifascistas; además muchos sacerdotes murieron por haber querido compartir hasta el final la suerte de sus fieles en las durísimas represalias nazis contra la población civil del período de 1943-1945; alrededor de 170 eclesíásticos italianos fueron ajusticiados por estos actos de caridad, y muchos otros fueron enviados a los campos de concentración; entre estos últimos no pocos –como el dominico Giuseppe Girotti, don Narciso Sordo, el fraile menor Costantino Amort, don Antonio Seghezzi– encontraron allí la muerte. Entre los sacerdotes italianos internados estuvo también Carlo Manziana, que sería más tarde obispo de Crema (1963-1981), deportado a Dachau en 1944. También el laicado católico italiano tuvo sus mártires: se pueden recordar entre otros a Giovanni Palatucci, *questore reggente* (jefe de la policía) de Fiume (ahora Rijeka, en Croacia), que después de haber logrado salvar a unos 6.000 judíos de la deportación, fue detenido y murió en Dachau el 10 de febrero de 1945; Odoardo Focherini, administrador del periódico católico de Boloña *L'Avvenire d'Italia*, muerto en el campo de Hersbruck el 27 de diciembre de 1944; y Josef Mayr-Nusser, presidente de los jóvenes de Acción Católica de la Diócesis de Bolzano (Bozen), en la región italiana germanófona del Alto Adigio (Südtirol): reclutado a la fuerza en el ejército alemán en 1944, habiéndose negado a jurar fidelidad a Hitler, fue enviado a Buchenwald y murió en un traslado de este campo a Dachau. En Roma, ni siquiera los edificios de la Santa Sede quedaron exentos de la violencia de los nacional-socialistas y de la policía de la *Repubblica Sociale Italiana* en busca de opositores políticos y judíos: la noche entre el 21 y 22 de diciembre 1943 se verificaron irrupciones en el Colegio Lombardo, en el Instituto Oriental y en el Colegio Ruso, mientras en aquella entre el 3 y el 4 de febrero de 1944 se violó la extraterritorialidad de la Abadía de San Pablo Extramuros. La misma Santa Sede se vio amenazada, y se dio incluso el peligro de una invasión alemana del Vaticano y de la deportación del Papa.

En 1944, con el ejército alemán en retirada en todos los frentes, la persecución nazi se hizo más feroz. El 20 de julio de 1944 un grupo de oficiales alemanes organizó un atentado contra la perso-

na de Hitler, dentro de un más amplio proyecto de golpe de estado conservador; muchos de los conspiradores eran católicos practicantes o protestantes creyentes. Hitler, gracias una serie de circunstancias fortuitas, sobrevivió

p. 269

al atentado, y en consecuencia el *putsch* previsto no se llevó a cabo. La jerarquía católica asumió en tal ocasión, respecto al régimen, una actitud muy fría: no se convocó de hecho ninguna manifestación de agradecimiento y ningún *Te Deum* por el peligro evitado por el jefe de Estado. Al atentado siguió la operación *Gewittersturm*, una tremenda represalia nazi sobre todos aquellos que de una manera u otra estaban involucrados en la conspiración y sobre la oposición en general (alrededor de unas 7.000 personas fueron arrestadas), que provocó muchos lutos entre católicos de gran fe: fueron perseguidos, entre otros, casi todos los que formaban parte del Círculo de Kreisau, muchos antiguos activistas políticos del *Zentrum* y muchos ex sindicalistas católicos, además de exponentes de movimientos y asociaciones católicas existentes o ya disueltas, y también un buen número de sacerdotes y religiosos. Algunos ejemplos de estas víctimas son el mismo atentador, el conde Claus Schenk von Stauffenberg, el antiguo diputado del *Reichstag* Paul Lejeune-Jung, el ex primer ministro del *Land* de Württemberg Eugen Bolz, el antiguo dirigente del sindicato católico Bernhard Letterhaus, el jesuita Alfred Delp, colaborador de la revista *Stimmen der Zeit* y en contacto con el Círculo de Kreisau, el capellán Hermann Josef Wehrle.

También en Hungría, ocupada de manera directa en 1944 por el ejército alemán, la Iglesia sufrió duramente en la persona de Mons. Josef Mindszenty, entonces obispo de Veszprém, que fue encarcelado por los nazis, así como muchos otros eclesiásticos y religiosos, como el sacerdote Ferenc Kálló y sor Sára Salkaházi, asesinados por la ayuda ofrecida a los judíos. En Eslovaquia, que también había caído en 1944 bajo el directo control militar alemán, fueron deportados los hebreos de religión católica, y para llevar a cabo este objetivo la Gestapo y las S.S. realizaron numerosas irrupciones en conventos que escondían israelitas, bautizados o no. En Francia, en ese mismo año, se registraron las detenciones de los obispos de Montauban (Mons. Pierre Théas) y de Clermont-Ferrand (Mons. Gabriel Pigué), del rector del *Institut Catholique* de Tolosa (Mons. Bruno de Solages), del jesuita Pierre Chaillet en Lyon, así como el tentativo de detención del Card. Jules Gérard Saliège, arzobispo de Tolosa, por sus protestas contra la deportación de los hebreos.

El 8 de mayo de 1945 la guerra en Europa llegaba a su fin con la capitulación de Alemania: la dictadura nazi terminaba, pero la Iglesia alemana no por eso dejó de sufrir; ahora debía hacer cuentas con la destrucción del país causada por la guerra, con la miseria y la pobreza de la gente, con la brutalidad o al menos la hostilidad de los ejércitos de ocupación (sobre todo del soviético), con el resentimiento de todos los pueblos europeos que tendían a identificar Alemania con el nazismo. La

p. 270

voz del obispo von Galen, que tantas veces había denunciado los crímenes nazis, se alzó ahora contra estos nuevos atropellos, y el Papa Pío XII fue uno de los pocos que en tan dramática situación extendió una mano amiga a Alemania, que trataba de renacer de las ruinas del nazismo y de la guerra: de hecho en 1946 el Pontífice procedió a la creación de nuevos cardenales, y entre ellos se contaban tres alemanes: von Galen, von Preysing y Frings (arzobispo de Colonia); Pío XII quería de esta forma recordar y honrar a todos los católicos alemanes que con tanta valentía y constancia se habían opuesto al régimen nazi. Un dato estadístico da de alguna manera una medida de los sufrimientos de la Iglesia alemana: de los 27.000 sacerdotes católicos alemanes al tiempo del régimen hitleriano, cerca de 12.000 se vieron sometidos de alguna manera a la violencia nazi, desde los interrogatorios a las intimidaciones y a las agresiones, hasta la detención, el encarcelamiento, la deportación o la muerte. Probablemente no hubo en la Alemania nacionalsocialista ninguna otra categoría profesional que haya sufrido tanto como el clero católico.

El nacionalsocialismo ha sido una ideología radicalmente adversa al cristianismo, como se puede deducir de las palabras escritas por Martin Bormann, secretario del N.S.D.A.P., en una circular secreta de 1942: “Las concepciones nacionalsocialista y cristiana son incompatibles. [...] La Iglesia evangélica, con respecto a nosotros, se pone como enemiga, exactamente como la Iglesia

Católica [...]. Todas las estructuras que de algún modo han influido en la guía del pueblo, y que podrían perjudicar o incluso debilitar el influjo que ha de ser ejercido exclusivamente por el *Führer* con la ayuda del Partido Nacionalsocialista, deben ser eliminadas”. Es cierto que, si los nazis hubieran vencido la guerra, habrían desencadenado una persecución a gran escala contra el cristianismo: existen afirmaciones de Hitler que hablan de una “solución del problema de la Iglesia”, para llevar a cabo después del fin de la guerra.

La resistencia de la Iglesia Católica al totalitarismo nacionalsocialista es bien expresada por las palabras del arzobispo Clemens August von Galen, pronunciadas el 20 de julio de 1941 en la iglesia de Überwasser en Münster: “¡Haceros duros! ¡Permaneced firmes! En este momento nosotros no somos martillo, sino yunque [...]. Extraños y traidores martillean sobre nosotros [...]. No es necesario que el yunque devuelva el golpe, ¡y además no puede hacerlo! Tiene sólo que permanecer firme, duro. Si es suficientemente resistente, firme y duro, entonces, habitualmente el yunque dura más que el martillo”. La historia ha demostrado que estas afirmaciones del obispo de Münster eran palabras proféticas.